

un artista que, con entera calma y detenimiento forma juicio sobre la materia que ha sido sujeta á su reconocimiento y observacion, y que con una medida que raya en escrupulosidad, no emite su parecer sino despues de haberlo procrastinado prudentemente, y de haberlo sometido modestamente á la censura de jueces probos, competentes é independientes.

Despues de conocer á Cabrera, y mirar en los antecedentes de hecho en su juicio pericial, así como en la medida con que emitió su parecer facultativo, el insistir en la suposicion de que el artista no tuvo libertad para sus observaciones ni para emitir su parecer, supone una preocupacion ciega, una temeridad procaz, y una obstinacion, de partido tomado, que no tiene remedio.

### CLXX.

#### Sigue la contestacion.

Haciendo tanto aprecio nuestro adversario del *Manifiesto satisfactorio* de Bartolache; preocupándose tanto de las ocurrencias á que dió lugar, y lastimándose caritativamente de lo dicho de las llamas del Purgatorio; es muy extraño que pase en silencio las confesiones involuntarias que el mismo Bartolache dejó consignadas en su libelo, y el desenlace final de algunas de sus agencias y diligencias devotas (hipócritas?) como el paradero, fin y acabamiento de la pintura colocada en la capilla del Pocito. Este proceder no es leal, no es decente, y ni siquiera demuestra mas habilidad que la del raton que esconde la cabeza y deja la cola á merced de quien le persigue.

Confesion curiosa es la que hace Bartolache de la inutilidad de sus esfuerzos por conseguir un ayate que

*remedase en todo al original*; es decir, al en que está pintada Nuestra Señora de Guadalupe; y esto despues de tejidos varios, ya de pita de maguey, ya de fibra de iczotl; unos por indios mexicanos, y otros por indios otomites . . . . . y todo sin mas resultado que llegar á este descubrimiento bobo: „Pienso que nuestros indios del dia están atrasados en lo de hilar y texer, si se comparan con los del siglo de la conquista.“ (Manif. satisfact. núm. 116). Esto nos recuerda la explicacion que daba D. Quijote á Sancho, del motivo por qué le dolía todo lo que le había molido el varapalo, que era largo y tendido. Y díganos, si no le enfada, el exhumador de Bartolache, cuales consecuencias, rigurosamente legítimas, tendría razon para deducir de unas maniobras en las cuales tropezó desde el principio con la imposibilidad de allegar datos idénticos á los que plantean el problema que trataba de sofisticar? Y si confesó que no pudo hacerse con un ayate que remedase en todo al original, ¿qué habría dicho y hecho, si alguien le hubiera exigido que las materias colorantes que empleara en su sofisticada copia deberían ser idénticas á las empleadas en la pintura original; y que solo con tal condicion autorizaría á concluir algo legitimo su malaventurada sofistería?

Otra confesion de Bartolache se encuentra en lo que dice de los resultados de sus esfuerzos enderezados á que la copia que mandó ejecutar fuera exactamente igual al original. Despues de encomiar la perfeccion de la ejecucion, dice: „todavía está bien lexos de ser una cosa idéntica: no ya en el dibuxo; sino en el modo de pintar, que ciertamente es inimitable aunque en ello se ponga toda quanta humana diligencia cabe. (Opusc. cit. núm. 119).

Otro fiasco de Bartolache, que no debió callar su desenterrador, fué el paradero que tuvo la copia que se pintó para colocar en el Pocito, y que fué ejecutada en las condiciones mas parecidas al original. Esa copia, en menos de ocho años sufrió deterioros que la deformaron enteramente; y esos deterioros no fueron notados solo en el colorido de la pintura, sino tambien en la consistencia de la tela ó ayate; en términos que fué necesario quitar el cuadro del lugar donde había sido colocado, y arrinconarlo en alguna sacristia. (Vease Tornel y Mendivil, tom. I, cap. XII núm. 212). El que busca la verdad con buena fé y recta intencion no procede como nuestro adversario, que prohija el *Manifiesto satisfactorio* en lo que cuadra á sus miras, y no lo tiene en cuenta en lo que no le viene á cuento.

## CLXXI.

**Sigue la Contestacion.**

Además; levanta un falso testimonio á Cabrera al tratar de los defectos que supone en la bendita Imágen diciendo que: „las estrellas doradas de la túnica y del manto fueron colocadas como en superficie plana, no siguiendo los pliegues del vestido.“ Lo que realmente dijo Cabrera es como sigue: „Tiene la Santa Imágen dorada la Túnica con *unas flores de extraño Dibujo*. Compónense estas de una vena de Oro, con la singularidad de que ésta no busca las quiebras de los trazos ó cañones; sino que está seguida como si fuera cosa plana. Bien que el Oro, en las partes donde está undida, se ve mas obscuro; por lo que no le hace falta para la gracia y hermosura. Tiene

tambien dorada la Fimbria de la Túnica y la del Manto; están doradas las Estrellas y los Rayos del Sol que viste la Santa Imágen: y tambien está dorada su Real Corona. En la labor de la Túnica advertí un rarísimo primor: este consiste, en que está perfilada por el contorno y dintorno, COSA QUE HALLO POR IMPOSIBLE QUE NINGUN HOMBRE HICIERA; porque es el perfil como del grueso de un pelo poco más, y es tan igual, y con tal aseo y primor, que solo acercándose se percibe: por cuya dificultad, é imposible de ejecutarlo en el modo que se vé, discorro que se ha omitido en las Imágenes, que se han hecho y se hacen; al menos yo hasta ahora no he visto ni oido, que se haya practicado.“ (Opúsculos y tomo citados, pág. 677).

Conocido el texto de Cabrera al punto se advierte que si el adversario quiso enmendar la plana á Bartolache, poniendo otra dificultad que este no discurreió, se puso en evidencia, demostrando con sus palabras *stellae deauratae*, no solo el falso testimonio levantado al autor de la *Maravilla Americana*, sino, además que nada entiende de pinturas. Aun suponiendo que confundiera las estrellas doradas con las *flores de extraño dibujo*, siempre quedará en pié su incompetencia sobre la materia; porque no se fijó en que lo maravilloso de las flores consiste, en los perfiles inimitables que menciona Cabrera.

Bartolache, muy superior, por cierto, al escritor, anónimo latino, sí comprendió la eminencia del Pintor á quien impugnaba, y por lo mismo la primera pregunta que formuló sobre la bendita Pintura fué esta:

“Si las flores de oro, con que esta dorada la túnica de nuestra Señora, están todas perfiladas en sus con-